

do de angustias y de sustos, por las novedades adversas que cada día le traían los Indios, y otras que suscitaban los Españoles. Llegaron algunas á la Sonora, y el Gefe de las armas á quien el Padre le pedia auxilio, le envió orden para que se volviera á esperar que el Comandante General llegara á la Provincia; y aunque le era muy cómodo al Padre, pero conoció que el fin á que se dirigía, no convenia á la causa, y así le respondió que él no era libre para obedecerlo, debiendo cumplir otros órdenes Superiores, y que ni los grandes trabajos que estaba sufriendo, serian bastantes para intimidarlo y no proseguir su destino; pues los gastos que se estaban haciendo del Real Erario no se debían perder por temores de los enemigos, y que estaba determinado á padecer mayores peligros.

Con estos y otros molestos embarazos, permaneció el Padre Diaz en Sonoytac, hasta el mes de Octubre que pasó al rio Colorado: en él se aumentaron las aflicciones al verse rodeado de multitud de Indios que iban á recibir los regalos que Palma les había dicho se les repartirian quando entraran los Padres, pues éstos estaban careciendo aun de los necesarios alimentos, y para adquirirlos les era preciso valerse de la corta provision de vayeta, tabaco y abalorios que habian sacado de las Misiones, para obsequiar con algo á los Indios principales. Algun consuelo fue para los Padres el saber que ya habia llegado á Arispe el Comandante General, y se convinieron en que el Padre Diaz viniese personalmente á informarle el mal estado y urgencias en que estaban las cosas del rio Colorado por el disgusto y extrañeza de los Indios. Hizolo así, sin omitir quanto le pa-

reció necesario para que las providencias se proporcionaran con el mayor acierto: en ese mismo tiempo avisó el Padre Garzés haber descubierto que habia muchos Indios sublevados, y los que eran las cabecillas; pero, estos avisos se oían con desprecio, y confiando en la valentia de los discursos, se pensó dominar á los Indios con instrucciones y leyes, para que sin intervencion alguna de los Misioneros, se fundaran dos Pueblos de Españoles, á los que pudiesen agregar se los Indios que quisieran; pero este nunca visto proyecto solo tuvo por efecto el irritar á los Naturales, y confirmarse en el alzamiento que ya iban meditando.

Habian tardado mucho tiempo en practicarse las dichas instrucciones, y así hubo bastante para que el Padre Garzés las supiera, y viendo las circunstancias en que los Indios se hallaban, le pareció tener obligacion de avisarlas enviando un Correo, y diciendo que los Indios estaban muy inquietos, y que ya se habia extendido la voz entre los mozos, que si iban los Padres y Españoles, los habian de matar á todos; y palpando el Padre la certidumbre de estas voces, prevenia que si entraban, fueran con suficientes fuerzas para resistir á las de los Indios, y castigar sus depravados intentos; pero ninguna fuerza hicieron al Gobierno estos avisos. Por ellos confirmaba el Padre Diaz los que él habia expresado, y viendo que de nada se hacia aprecio, pudo sin nota no exponerse á tan inminentes peligros, y retirarse á la Mision de que era Ministro; pero mirando al honor del Instituto, y no pudiendo sufrir que por su falta padeciera otro, se quiso engañar de las esperanzas de asegurar los establecimientos, pensando que

la experiencia daría los desengaños; y haciendo personalmente las provisiones, solicitó algunas limosnas, é hizo todos los oficios que pudo, con mucho trabajo y peligros de su vida, y volvió al rio Colorado con la expedicion que iba á fundar los dos Pueblos.

Púsose el primero en el Puerto de la Concepcion; y de sus infaustos principios se pudieron inferir las consecuencias que resultarian en el segundo. Con todo, violentando sus propios conocimientos, se sujetó á ir de Ministro á la fundacion de él, y á las tres leguas distante del otro se puso el de San Pedro y San Pablo del Bicuñer, sin tener el Padre en lo humano mas consuelo que el Compañero, que lo era el P. Fr. Joseph Matias Moreno. Muy desde luego puso en ejercicio á su prudencia, humildad y tolerancia la errada política del Alferrez Comandante, porque queriendo hacer del ladrón fiel, puso al principal cabecilla de los motines por Gobernador del Pueblo, que fue fomentar el orgullo de su revoltoso genio, y á pocos lanceos le perdió el Indio el respeto: ardidó el Comandante le hizo poner preso, con lo que se empeoró el negocio.

No podian los Religiosos segun las instrucciones del Gobierno, hablar palabra ni corregir á un Indio, sin que el Gefe hiciera averiguacion de si era verdad lo que el Padre decia, ni tampoco podian arbitrar medio alguno para sossegar las inquietudes que cada día crecian con el disgusto de los Indios, que ya insolentes por su crecido número provocaban el rompimiento. Este inevitable suceso azoraba el zelo del Padre Diaz y de su Compañero, para acariciar y congratular á los Indios con quanto tenían, visitándoles en su Rancheria, y hablándoles de Dios, y del bien de sus almas; pero era cantar de melodía al

tigre, que solo queria ensangrentarse en los Españoles: con este amargo dictámen, viendo á los Pobladores tan descuidados del estrago que les amenazaba de pronto, se esforzaban á prepararles para él, con desengaños, pláticas y exhortaciones, y así consiguieron que muchos se confesaran, y frecuentaran los Sacramentos, y otros ejercicios devotos. Las mugeres eran el objeto mayor de su compasion, pues previan sus indecibles trabajos, y la ruina de sus almas, quedando cautivas de aquellos bárbaros. Todo lo vieron y lloraron sus ojos el dia diez y siete de Julio del mismo año de ochenta y uno, porque estando los Padres para celebrar el santo Sacrificio, á que concurrieron todos por ser Domingo, dieron los Indios con tan furioso arrebato el asalto, que sin resistencia alguna dexó aquella multitud rabiosa revolcando en su sangre á los Padres y á muchos de los Pobladores, llevándose cautivas á las mugeres mozas, y á los hombres que andaban por los montes.

Mas deslumbrados aquellos bárbaros, les sugirió la infernal furia armarse contra la Fe, arrojando las Imágenes y Vasos sagrados al rio, y profanando los Ornamentos con sus infames usos, y quitando con cruel tiranía á palos la inocente vida de un Sacerdote, que quatro veces les habia visitado, obsequiado, y padecido indecibles trabajos por instruirlos y reducir sus almas al camino del Cielo: así murió voluntaria y felizmente aquel esforzado Misionero, aumentando los esclarecidos triunfos y ópimos frutos del apostólico Instituto, á los quarenta y cinco años de su edad, veinte y siete de Religion, diez y siete en el ministerio apostólico, y trece en las Misiones de Infeles.

CAPÍTULO XV.

Deseada muerte del P. Fr. Joseph Matias Moreno, que logró por el furor de los bárbaros en el rio Colorado.

AL tomar la pluma para hacer una breve memoria de la feliz muerte del P. Fr. Joseph Matias Moreno, se representa en la fantasia un objeto lleno de luz y de fuego, porque no ménos ilustrado en las materias filosóficas y teológicas su entendimiento, estaba tambien encendido su corazon en el fuego del divino amor, y en el zelo de propagar la Fe, y dar la vida en los ministerios apostólicos. Nació este dichoso jóven en el Lugar de Almarza, Jurisdiccion de Soria, y Obispado de Osma, y fue bautizado el día veinte y quatro de Mayo de mil setecientos quarenta y quatro: fueron sus Padres Matias Moreno, y María Catalina Gil, en cuya política crianza, y christiana educacion dieron relevantes pruebas de su nobleza y christiandad, pues una y otra resplandecian en el hijo, tan atento como devoto. Tambien la naturaleza le favoreció con un bello índole, vivo entendimiento y genial modestia, que le ganaba las atenciones y aprecio de todos los que habian tenido su extraccion de iguales principios.

Logró tambien la felicidad de una buena hermana, que con el exemplo le animaba al amor de las virtudes, y con fraternales consejos le inducia al exercicio de ellas: con estos estímulos se inclinó al estado Religioso, y cooperando su hermana á sus santos deseos, á los diez y siete años de edad tomó el hábito en el Convento de N. S. P. San Francisco

de la Ciudad de Logroño, en la Provincia de Burgos, el día veinte y dos de Junio del año de sesenta y dos. Pasó su noviciado con mucho consuelo, por ser las máximas de la disciplina regular conformes á su humilde genio, y así mereció para su profesion la aprobacion de los Religiosos. Era su espíritu vivo, perspicaz y pronto, por lo que los Prelados le aplicaron luego á los estudios, y desempeñó con tal llenó su concepto, que en los cursos de Filosofia y Teología lució su ingenio con particular aprecio de sus Lectores, que certificaron en modo auténtico la suficiencia con que pudiera ascender á la Cátedra: ordenado ya de Sacerdote, é instituido Predicador, no le faltaba mas que subir á la silla de Minerva, para ponerse sus guirnaldas, no estando muy léjos de sus gradas para coronarse de la gloria y honor que en la Religion hacen la felicidad de la vida, sin derogar en nada la perfeccion religiosa.

Pero entre esas bellas luces ardia otro fuego, cuya naturaleza es de region mas alta, y por eso desconocida su eficacia, porque todo lo abraza, vivifica é inflama, sin que pueda impedirle resistencia alguna. Habiendo llegado á la Provincia de Burgos la Patente del Comisario, que coleccionaba querenta Religiosos para el Seminario de la Santa Cruz de Querétaro y sus Misiones, levantó la llama en el corazon del P. Fr. Joseph Matias, y encendido en el amor de Dios, le animó con el zelo de dilatar su Fe,

aunque fuera á costa de su vida. No fue tan suave esta inspiracion, que no tuviera que padecer recios vientos del amor propio; pero no fue llamada pasajera, porque determinado é inflamado de ella, le escribió al Comisario suplicándole le admitiera en el número de sus Misioneros: informado de las prendas del Padre Moreno, le envió la Patente con no poco gusto, y presentada á su Prelado, se puso el nuevo Misionero en camino. Luego que el Comisario le recibió en Madrid, al ver su agradable aspecto, su florida juventud, la aprobacion particular de sus estudios, su religiosa pobreza, su modestia ingenua, y su afable estilo, concibió las mas buenas esperanzas de que sería muy útil en el Colegio, y diligente en el ministerio; pero esto era sin penetrar los interiores votos, y reservados deseos á que dirigia sus pasos, y hubieran quedado ocultos, si desde Madrid no se los hubiera comunicado á su hermana por una Carta, que ella conservó para su consuelo, y que á los doce años, viendo cumplidos los deseos de su hermano, y logrado el glorioso fin á que aspiraba, se la participó á un Comisario del Colegio, el que se la pidió, y se traslada aquí para el comun exemplo y justo epitafio de su sepulcro: pues decia:

«Hermana carísima, si siempre
«deseos, como en mi resolucion de
«tomar el hábito lo fuiste, y por
«tanto, siempre debo estarte como
«dos veces hermano agradecido, nun-
«ca mas debo estimarte que ahora,
«en que por la Carta que me escribes
«veo que con tus avisos me instru-
«yes, y con tu gozo me alientas.
«Nunca á la verdad esperaba otra
«cosa de tu prudencia, virtud y amor

»que me profesas, ni yo cumpliera
»con las obligaciones que tengo, si no
»te declarara el fin, el Colegio y
»motivos de mi vocacion; y así te
»digo que únicamente me destierra
»de nuestra tierra, me aparta de mis
»Padres, me enagena de mis Parien-
»tes y conocidos, el zelo de la Fe, el
»deseo de la conversion de las almas,
»y las ansias del martirio. Ha sido
»larguísimo el tiempo que estuve ba-
»tallando en estos deseos, proponién-
»dome el amor propio, y la propia
»conveniencia, la estimacion que po-
»dia tener en la propia Provincia, los
»empleos de Lector, y otros honorí-
»ficos que podia esperar en ella: los
»frutos que podia sacar con mi pre-
»dicacion y exemplo, y la poca ro-
»bustez que tenia, el desconsuelo de
»mis Padres, los trabajos de un tan
»largo camino, y los peligros de un
»mar inconstante, motivos que por
»mucho tiempo me impidieron escri-
»biese; pero no hallando descanso, ni
»pudiendo echar de mí los deseos de
»la dilatacion de la Fe y martirio,
»y hallando ser todo sofisterias del
»amor propio, me resolví á escribir
»se me admitiese, y fue tanto el gozo
»que tuve al recibir la Patente, que
»haciendo un mes que no dormía una
»hora, la pasé con mucho sosiego,
»y fue tal la alegría, que muchos
»me dixeron que tenia alguna buena
»noticia.

»¿Mas como podia ser otra
»cosa, quando voy al Colegio de la
»Santa Cruz de Querétaro, donde la
»guarda de nuestra Seráfica Regla, y
»la Regular disciplina son sumamente
»rígidas y fáciles? Las ocasiones de
»plantar la Fe de Christo, y padecer
»martirio son continuas, porque her-
»mana mia, en el dicho Colegio son
»todos iguales. El Padre Guardian vá

«á todas las horas del Coro y demas
 «actos de Comunidad como el mas
 «ínfimo, hasta Maytines, que son in-
 «dispensablemente á media noche, de
 «los que se sale á las dos y media:
 «la oracion de Comunidad dura dos
 «horas, una á Completas y otra á May-
 «tines: el retiro es tanto como en el
 «Convento mas recoleto, porque nin-
 «guno puede hablar ni entrar en la
 «Celda de otro sino el dia de asueto,
 «y entónces en lugares determinados:
 «á todos se les dá quanto necesitan;
 «porque la abstraccion de seglares es
 «mayor que la de los Cartujos, pues
 «no entra Seglar en el Convento, ni
 «se sale de él sino á confesar, y en-
 «tónces quien determina el Prelado,
 «sin que haya diferencia ninguna en-
 «tre el Guardian ni otro, aun el mas
 «ínfimo: y en fin es facilísima la obser-
 «vancia de la Regla, y muy difícil su
 «transgresion: los trabajos son muy
 «tolerables, siendo el Guardian el prim-
 «mero. En él las ocasiones de dilatar
 «la Fe de Jesuchristo y padecer mar-
 «tirio, que tanto desearon nuestro Pa-
 «dre San Francisco, San Antonio y
 «otros Santos de la Religión, contem-
 «pla quantas serán en veinte y ocho
 «Misiones que tiene el Colegio entre
 «los bárbaros y remotas regiones de
 «los Texas y de la Sonora, donde son
 «muchos los que han muerto con la
 «palma de Mártires, y grandes las
 «conversiones. Es verdad que es mu-
 «cho el trabajo de hambre, sed, calo-
 «res intolerables y caminos; pero qué
 «es esto en comparacion de los que
 «costaron á Christo aquellas almas,
 «que si no hubiera algunos que se ani-
 «maran á su espiritual Conquista, cae-
 «rían infaliblemente en los lazos de
 «Satanas; y de los beneficios que yo
 «le debo? Y así encomiéndame á Dios
 «para que me dé fuerzas para llevar

«éstos y los trabajos de la embarca-
 «cion, para que esta sea feliz, y para
 «que me dé salud, y la gracia nece-
 «saria para tan santo empleo.»

Con instruccion tan especifica
 de todas las partes del Instituto y del
 ministerio, prosiguió el P. Fr. Joseph
 Matias Moreno el camino que le ha-
 bia de conducir al logro de sus dese-
 os hasta el Puerto de Santa María,
 donde se iban juntando los Misione-
 ros: llegó al Hospicio desde Marzo
 del año de sesenta y nueve, y tardán-
 dose hasta Noviembre la habilitacion
 del viage, se conservó todo ese tiem-
 po con la mayor humildad y recogim-
 iento, esperando sin impaciencia, y
 tolerando las incomodidades que á
 muchos les hacen desertar y volverse
 á sus Provincias. Con la misma con-
 formidad llevó los trabajos de la na-
 vegacion, en que no faltaron los sus-
 tos del último peligro en una tormen-
 ta que se padeció ya á vista del
 Puerto, y que causó muchos dias de
 riesgo, y muchas causas de mérito:
 pero todos esos quebrantos los tuvo
 por dichosos el dia que ya se vió en
 el Colegio. No habia sido su voca-
 cion al ministerio apostólico por bus-
 car fortuna, libertad, ni otros intere-
 ses caducos, sino dirigida por la diestra
 del Excelso; y sabiendo bien las
 estrecheces y austeridades que en el
 Colegio son costumbres, se acomodó
 tanto á sus observancias, y con tanto
 gusto, que parecia ser hijo de él, y
 que en sus claustros se habia criado.

Pero era su virtud sólida, funda-
 da en una humildad profunda, y
 sin los resabios de la vanidad que in-
 fla en la alma la ciencia humana, y
 por eso su estudio era el recogimien-
 to en la Celda, y la inviolable asis-
 tencia en el Coro: sacaba de la ora-
 cion los frutos de las virtudes; que

deben adornar para su propio prove-
 cho y bien del próximo, á un Varon
 religioso y apostólico. Así perseveró
 algun tiempo, hasta que manifestan-
 do al Prelado la divina y antigua ins-
 piracion que tenia para la conversion
 de los Infieles, fue aprobado y envia-
 do á las Misiones de la Sonora. Iba
 solo en calidad de supernumerario, y
 á donde el Presidente le ocupara, y
 estando desembarazado de cuidados
 temporales, daba vuelos á su zelo, y
 satisfacía sus santos deseos en el cate-
 quismo de los Indios, asistencia de los
 enfermos, y aplicacion á los idiomas;
 pero era su zelo tan oficioso, que te-
 niendo el Padre Presidente que poner
 Ministros escogidos en las nuevas
 fundaciones del rio Colorado, le asig-
 ño para Compañero del P. Fr. Juan
 Diaz en la Mision de San Pedro y San
 Pablo del Bieufier.

Eran estos inexcrutables medios
 por los que la Providencia soberana
 le disponia al zeloso Misionero el lo-
 gro del fin con que abrazó el Insti-
 tuto, y de los fervientes deseos de
 dar la vida por Christo, pues á poco
 tiempo de llegado á la nueva funda-
 cion se conspiraron los bárbaros, y el
 dia diez y siete de Julio del año de
 ochenta y uno dieron en ella el mas
 furioso y sangriento asalto, que en él
 solo, mataron á los dos Padres y á los
 Pobladores que encontraron, robaron
 quanto pudieron llevar, quemaron la
 Iglesia y casa de los Padres, y se lle-
 varon cautivas las mugeres. Queda-
 ron los cadáveres tirados en el cam-
 po expuestos á ser pasto de las fiera-
 s, ó consumidos por las injurias del
 tiempo; pero la alta Providencia ve-
 laba sobre aquellas sacrificadas vícti-
 mas, pues consta por declaracion ju-
 rada de muchos testigos de vista de
 los Pobladores que tenian los In-

dios prisioneros, que entrada la noche
 veían una procesion de gente vestida
 toda de blanco, y con velas encendi-
 das en las manos, que daba vueltas
 al recinto del sitio en que habia es-
 tado la Iglesia, y donde estaban los
 cuerpos de los Padres difuntos, can-
 tando lo que ellos no entendian, y
 despues de haber dado muchas vuel-
 tas se desaparecian; y que espantados
 los Indios de tan extraña vision, lle-
 nos de terror desampararon sus xaca-
 les, y se mudaron rio abaxo ocho le-
 guas; pero á los Christianos cautivos
 no les causaba miedo, sino mucho
 gusto el verla: veían como en un em-
 blema, conmutadas entre sí por el
 amor y la muerte sus mas poderosas
 armas; el amor con la clava, y la
 muerte con la antorcha; porque si la
 muerte les habia enseñado á amar,
 el amor les hizo morir, y por eso
 velaban sobre sus cenizas con cancio-
 nes festivas, y lámparas encendidas.

Cinco meses habian estado los
 cadáveres tendidos en el campo, has-
 ta el diez y siete de Diciembre del
 mismo año de ochenta y uno, que á
 peticion del Padre Presidente y de
 orden del Comandante General, fue
 el Capitan Don Pedro Fages para re-
 cogerlos, y segun su certificacion, se
 halló el cuerpo del P. Fr. Juan Diaz
 con todos los huesos enteros, y en sus
 coyunturas, la cabeza casi incorrup-
 ta, y el cerquillo entero, por lo que
 luego fue conocida. El cadaver del P.
 Fr. Joseph Matias Moreno se halló
 trunco y sin cabeza, y descoyuntados
 los huesos; pero se conoció ser suyo
 por varios pedazos del hábito y de
 la cuerda, y mas por la Cruz de un
 Santo Crucifixo que siempre llevaba
 al pecho, y puestos en un cajon se
 trasladaron á la Sonora, y sus Her-
 manos les dieron sepultura eclesiás-

fica en la Mision de Tubutama. Es digno de reflexar, que á ninguno de los otros tres Misioneros le cortaron los bárbaros la cabeza, mas que al Padre Moreno; y aunque no se ha podido saber si fue vivo ó despues de muerto, lo cierto es, que siendo el degüello la consumacion de todos los demas géneros del martirio, quiso el Señor llenar con él los ardientes deseos que el Padre habia tenido casi desde niño de padecer martirio, para

CAPÍTULO XVI.

Gloriosa muerte con que el P. Fr. Francisco Garzés coronó sus apostólicas tareas, muriendo á manos de los bárbaros que con grandes trabajos tenia conquistados.

PRECIOSA es en la presencia y vista del Señor la muerte de los Justos, porque no es la común, y que se derivó de nuestro primer Padre Adán, sino otra gloriosísima, dimanada de su divino amor, y semejante á la que por el amor de los hombres padeció su Redentor Jesuchristo: por eso quando su incomprehensible Providencia predestina á alguno para el alto ministerio de la salvacion de las almas, le adorna con las qualidades que desde el principio de su vida le lleven al fin; con que su muerte pueda ser preciosa en su divina presencia. Así pareció dirigida la del P. Fr. Francisco Garzés, pues desde sus primeros años dió iguales pruebas del ardiente amor que á Dios tenia, y del fervoroso zelo con que solicitaba el bien de las almas.

Nació en la Villa de Morata del Conde, en el Reyno de Aragon, el dia doce de Abril de mil setecientos treinta y ocho, y al siguiente dia

que así consumara su voluntario sacrificio. Fue este á los treinta y siete años de edad, veinte de Religioso, y doce de Misionero Apostólico; habiendo solicitado por solo este fin el abrazar el Instituto, como su misma hermana lo hizo ver con la Carta que doce años ántes le escribió, y ella tenia conservada, de cuya identidad ni el estilo, ni la materia, ni la letra dexan duda.

fue bautizado, poniéndole los nombres de Francisco Tomás Hermenegildo, los que desempeñó en su vida y en su muerte, pues fue hijo de San Francisco profesando su Regla; imitó á Santo Tomás entrando en las Indias para promulgar el Santo Evangelio, y murió como San Hermenegildo dando la vida por Jesuchristo. Fueron sus Padres Juan Garzés, y Antonia Maestro; pero viendo la inclinacion del niño á las cosas sagradas, se hizo cargo de su crianza un Tio suyo, llamado Mosen Domingo Garzés, Cura de la misma Villa; y aprovechado en su exemplo y doctrina, apenas cumplió los quince años, pretendió en la santa y recoleta Provincia de Aragon el santo hábito, en la que hizo su profesion con aprobacion de los Religiosos. Luego le destinaron los Prelados á los estudios, y aprobado en el de la Filosofia, le enviaron al Convento de la Ciudad de Calatayud al de la sagrada Teologia:

en ella no solo sacaba frutos para su propio aprovechamiento, sino tambien para el de sus próximos, y empezaron á centellar los rayos que el divino amor encendia en su corazon, del zelo con que habia de anunciar en este nuevo mundo y á toda criatura el Santo Evangelio.

Habia costumbre en aquel santo Convento de sacar á los Estudiantes para su desahogo á pasear por el campo, y en estos asuetos el P. Garzés se apartaba de sus Condiscipulos y buscaba á los pobres Labradores, y con la suavidad natural de su genio y llanas palabras, les proponia y explicaba los divinos Misterios y verdades católicas. Entre otros logró este beneficio un pobre Alfaharero que fabricaba texas, y se complacia de oír al Estudiante como si fuera un oráculo: enfermó éste gravemente, y mandándole disponer con los Santos Sacramentos, dixo que no se queria confesar con otro sino con el Padre Garzés; y yendo al Convento á pedirlo, el Prelado quedó perplexo, diciendo que no habia en la Comunidad Sacerdote alguno de ese apellido; que si el enfermo queria otro, se lo enviaria luego: pero dando señas del que el doliente pedia, se conoció que era el Corista, y para darle consuelo le mandó ir con un Sacerdote Confesor: con este discreto arbitrio le persuadió el Padre Garzés que se confesara con el otro, instruyéndole en lo que debia hacer para lograr los frutos de los Santos Sacramentos, y conformándose el enfermo, se confesó y pidió que el Padre Garzés le asistiera hasta la muerte; por lo que se quedó auxiliándole hasta que murió en sus manos; y como le exhortaba mucho á que pusiera su alma en las de la Madre de la Misericordia Maria Santis-

ma, mandó en su testamento que se hiciera un bellissimo quadro de la Purisima Concepcion, y se colocara en el Convento, lo que se cumplió y puso en la Sacristia, y es perpetuo monumento de esta piadosa memoria.

Acabados sus estudios, y ordenado de Sacerdote, no teniendo mas que veinte y cinco años, le urgía en el corazon el deseo de aprovechar á sus próximos, por lo que suplicó con instancia el ser admitido en el número de los Misioneros, que por aquel tiempo se colectaban para el Colegio de la Santa Cruz de Querétaro y sus Misiones de Indias; y enviándole la Patente, luego que la manifestó á sus Prelados tomó el camino para Madrid á pie, y confiado en la divina Providencia para su mantencion cotidiana. Allí concurrió con el P. Fr. Juan Christostomo Gil, que tambien estaba alistado en la Mision, y unidos sus espíritus hicieron los ejercicios espirituales, quedando el Padre Garzés sujeto en todo á su direccion y obediencia, con lo que se dió con mas fervor á la santa oracion, y mortificaciones penales y abstraccion del siglo, prosiguiendo en esta santa union hasta llegar al Colegio.

Entró en él el Padre Garzés el año de sesenta y tres, y á los veinte y ocho de su edad; y desde luego se esmeró en el séquito del Coro y demas actos de la Comunidad; añadiendo quantas tareas podia, para satisfacer las del ministerio apostólico; y como por su corta edad no podia confesar mugeres, era indefectible en el Claustro para las confesiones continuas de los hombres, dedicándose con aplicacion particular á confesar muchachos. Esta, que en el juicio de algunos podia tenerse por niñeria, y mas viendo como el Padre les atraía

Ebbb

con confites y persuasiones, en el dictamen de los prudentes se estimó como precioso fruto de verdadero y christiano zelo. Los Filósofos Gentiles miraban á los niños como un Pueblo futuro de su República, y declamaban su instruccion en las buenas costumbres, para que despues estuviese bien ordenada y dirigida con justicia. Esta Etica solo natural, debe confundir la indolencia con que miran la educacion de sus hijos muchísimos Christianos, y las malas consecuencias que resultan en el cuerpo místico de la Iglesia, por criarse con el escándalo de malos exemplos, y sin la inteligencia de los dogmas católicos. El mayor dolor que puede tener un Ministro de Dios, es el ver llegar á confesarse muchos muchachos, y examinando su modo de vida, hallar sus almas inficionadas de pestíferas costumbres, que han heredado de sus Padres, aprendido en las plazas y calles, ó contraído de las malas compañías; y hallando en ellas las torpezas mas obscenas, las palabras mas impuras, las mentiras mas perniciosas, horrendas maldiciones, y que no habiendo abominacion que se escape de su malicia en los juegos, trampas y hurtos, solo en el conocimiento de Dios, en la Doctrina Christiana, y en lo que deben saber para salvarse, se dá en ellos ignorancia.

La experiencia de tan lamentables daños, y el zelo de la Casa de Dios, le consumia al Padre Garzés la alma, y le compelia á traer de todos modos á los muchachos para infundirles el santo temor de Dios, instruirles en los Misterios divinos, y en los Mandamientos; y como los recibia y acariciaba con una caridad rara, y para ellos desconocida, se divulgaba entre ellos la fama con que le llama-

ban el Padre de los muchachos, y le buscaban innumerables; con lo que conseguia infundirles las luces de la Fe en todo lo que debian saber, las de la Esperanza en la divina Misericordia, para que confesándose bien se les perdonaran sus culpas, y las de la Caridad, para amar á Dios sobre todas las cosas, y no volver á cometerlas.

Nota era esta zelosa aplicacion que indicaba y disponia al Padre para otra mas gravosa, á que el Señor le tenia destinado para enseñar á los rudos é ignorantes Gentiles, y para esta fue de los primeros Misioneros que el año de sesenta y siete se le pidieron al Prelado del Colegio para las Misiones de Sonora. Rendido á la obediencia caminó con los demas hasta Tepique; y exercitado allí en el ministerio apostólico todos los tres meses que estuvieron detenidos esperando las embarcaciones, el dia veinte de Enero del año de sesenta y ocho se embarcaron en el Puerto de San Blas, y presto les dió el mar sensibles pruebas de sus amarguras, y embraveciendo sus olas peleaban con furia entre sí los vientos, y precipitadas corrientes, que tenian á los navegantes en continuo susto de un próximo naufragio. Tres meses y medio anduvieron en borrasca, y aunque hicieron algunas arribadas, el Padre Garzés no perdió el ánimo, y perseveró en el barco hasta el Puerto de Guaimas.

Unidos todos los Misioneros, pasaron al Presidio de Horcasitas, y en la distribucion que el Gobernador en las Misiones, fue asignado el Padre Garzés á la de San Xavier del Bac, distante del Presidio de Tubac veinte leguas, y la mas Septentrional, y por eso la ménos defendida de

las crueles y continuas exeursiones de sus fronterizos los Apaches. No son ménos enemigas de la salud y de la vida las propias circunstancias del clima, pues á mas de ser sus aguas salobres, son sus vientos constipantes, por lo que á quantos van á vivir en él, les asaltan cruelísimos frios y calenturas, de los que mueren muchos, y los que quedan vivos es en figura de esqueletos, y esto hace que hasta los Indios huyan de agregarse á la Mision. Ni era ménos cruel la extrema pobreza en que el Padre la recibió, pues no habia en ella ni aun con que poder pasar con penuria; pero nada acobardó el espíritu del nuevo Misionero, porque olvidado de sí mismo, solo buscaba los bienes espirituales de aquellos Neófitos y Gentiles, sin reparar en peligros, trabajos ni enfermedades.

Este zelo era de admiracion á los Indios, pues le veían acomodarse en todo á sus bárbaros estilos. Su cama era el suelo, sin mas abrigo ni conveniencia que el hábito: sus alimentos los mismos que tienen ellos, pues su cocina y mesa corrian á cuenta de la Providencia, que se la franqueaba en los mismos platos: porque su desayuno era atole, su pan tortillas, sus manjares semillas campestres, quelites y mezcales, y muchas veces solo un poco de maiz tostado: no usaba tabaco ni en polvo ni en humo, y siempre lo cargaba para obsequiar á los Indios. De esta austérrima economia y no visto desinterés, se aprovechaban ellos, y por las frutas y raíces que le daban, les repartia lo que el Comisario Real tenia orden de administrarle para su diaria subsistencia. Á la voz que de unos á otros iba corriendo de la afabilidad y largueza del Padre, ya la curiosidad, y ya el

interés les traían á verle, y cautivados de su estilo, y de las advertencias y consejos que les daba, le miraban con respeto, y todos los Indios de la Pimeria alta le veneraban como á un oráculo.

Esta fama llegó á los Gentiles vecinos llamados Papagos, y con mucha confianza fueron frecuentando sus visitas, y manifestándole docilidad y agrado; y aunque el Padre no estaba expedito en su idioma, les recibia con las manos abiertas, que es el universal que todos entienden; y aunque estaba la Mision destituida de todo lo necesario, no solo para usar franquezas, sino para habilitar las labores y siembras, pero solícito el Colegio de los alivios de sus hijos, y con la ayuda de los sínodos, les envió cada año los precisos avíos; y como el Padre no tomaba chocolate, ni gastaba azucar ni otras cosas de su persona, con esto, con el tabaco y algunas limosnas, adquiria azadones y demas aperos para beneficiar la tierra, y proveer de lo mas necesario á sus dos Pueblos. Bendecia el Señor sus trabajos, ya en las cosechas, como en la agregacion de Gentiles, y repartiéndoles la vayeta, sayal, fresadas y abalorios, despues de contentar á sus hijos de la Mision, todavia le sobraba para darles á los Gentiles, por lo que nunca se daba el caso de andar solo, sino rodeado de ellos; y aunque no tenia mas que treinta años de edad, dieron en llamarle el viejo, y con este nombre, como expresion de cariño, le buscaban todos: el Padre les recibia afable, y queriendo contestarles en su idioma, en el que era principiante y nada expedito, decia algunos disparates con malas pronunciasiones, pero á ellos les caían en gracia y los celebraban con mucha risa,

y por este medio se hizo en los idiomas tan diestro como cualquier Indio.

Ya los Gentiles vecinos que eran los Papagos, aficionados del Padre habian llevado noticias de él á los Pimas del rio Gila, y por su medio, les habia enviado recados de mucho amor, por lo que los principales Capitanes vinieron á conocerle: él les manifestó mucho aprecio de su visita, les obsequió quanto pudo, y les dió á entender los deseos que tenia de ir á sus tierras y comunicar á sus gentes, y agradecidos prometieron hablar á toda su Nacion, y enviar quienes le condujeran á ellas. Efectivamente enviaron quatro, y con ellos sin escolta ni provision de víveres, salió de su Mision el mes de Agosto del año de sesenta y ocho, é internándose á las Rancherías mas numerosas, les anunciaba la paz con Dios, hablándoles de sus divinos Misterios y atributos, y con el Rey nuestro Señor, que deseaba hacerles muchos beneficios, si se hicieran Christianos. Con esta primera entrada dexó establecida con los innumerables Indios que pueblan ambas riberas del Gila una amistosa correspondencia.

El siguiente año de sesenta y nueve, con la ocasion de la campaña de los Apaches, entró á sus tierras, y fue reconociendo varias Naciones, de las que tenia no pocos individuos en su Pueblo, é hizo el Visitador General informes de las providencias que pudieran impedir las sangrientas irrupciones de esos bárbaros. El año de setenta envió Dios una epidemia de cámaras y sarampion á las Rancherías del rio Gila, de que morian muchos, especialmente párvulos, y avisándole al Padre que entre ellos estaba enferma una India Christiana, determinó ir á su socorro y darles sus

to á los Indios que le pedian con instancia bautizase á sus párvulos; de allí se internó por otras Rancherías, y anduvo en el viage noventa leguas. El año de setenta y uno, creido de que ya estaban decretadas las fundaciones de Misiones, emprendió el ir á preparar á los Indios, y llegó al rio Colorado, en donde le recibieron los Yumas con mucha alegria: de allí baxó hasta el desemboque del rio en el mar y tierras de los Quiquimas; pasó el rio en balsas y visitó muchas gentes, haciendo las paces entre unos y otros, y en dos meses y veinte días anduvo mas de trescientas leguas.

El día dos de Enero de setenta y quatro, salió de Tubac con la expedicion de abrir camino para la comunicacion de la Sonora con Monterey; y habiendo llegado hasta la Mision de San Gabriel, se volvió al rio Colorado, para explorar los ánimos de los Indios, y descubrir comunicacion con el Nuevo México, para lo que entró por varias Naciones, y no volvió á su Mision hasta fines de Mayo. El Septiembre de setenta y cinco, salió con la nueva expedicion para el Puerto de San Francisco, de la que se separó el día cinco de Diciembre, y solo, se fue visitando las Naciones que habitan el rio Colorado hasta su desemboque en el mar, hasta el día tres de Enero de setenta y seis: el día catorce de Febrero tiró hácia el Norte, y fue penetrando con increíbles trabajos por Naciones muy bárbaras, hasta llegar á la de los Naches; de allí baxó hasta el Moqui, y aportando á los Pimas del Gila, salió á su Mision del Bac el día diez y siete de Septiembre del mismo año de setenta y seis, que hacen once meses quatro dias, en que peregrinó mas de novecientas leguas, y vió mas de

veinte y cinco mil Indios.

Por los fines de Agosto del año de setenta y nueve pasó por orden del Comandante General al rio Colorado, halló los Indios muy alterados, avisó sus inquietudes, y las providencias necesarias para impedir sus malas conseqüencias: todo se despreció, y queriendo con inusitados medios y disposiciones avasallar á los Indios, dieron éstos el grito, y se perdió todo. Desde que el Padre llegó, supo que la sugestion de los rebeldes habia impresionado á los demas: en que mataran á los Padres, y en los diez meses que tardó el alzamiento, y que veía que cada dia estaba la revolucion en peor estado, por las instrucciones del gobierno, pudo sin nota de novedad y con justisimos motivos evitar su muerte, con salir de los continuos peligros en que estaba puesto. Pero era su vida Christo, y el morir habia de ser su premio: la muerte y la vida las consideraba igualmente útiles para su alma; porque si en el alzamiento de los Indios quedaba vivo, con su vida le pagaba quanto al Señor le debia; y si moria en él, por su medio iba á gozarle, ofreciéndole su sangre en sacrificio: por eso no temia á la muerte, ni guardaba su vida; porque si su Dueño permitiera que no le mataran, el tiempo que viviera siempre lo habia de emplear en el ministerio apostólico y predicacion del Evangelio; y si era su voluntad santísima que perdiera la vida, de repente lograria verle en la Gloria, y se libertaria de todas las calamidades de esta vida.

Con esta religiosa confianza emprendió el Padre Garzés todos los viages que quedan ya referidos, siendo cada uno de ellos un asombro de la gracia del ministerio, y de la Pro-

videncia con que el Señor favorecia el zelo de su Ministro: tal era la intrepidez con que se exponia en evidentes peligros de perder la vida, ya por la hambre, ya por la sed, caminando solo, por desiertos, arenales y montes, pasando rios y lagunas, no temiendo á las fieras ni á los bárbaros: pues quando no se atrevian ellos á conducirle á las Rancherías de sus enemigos, se iba solo, y se les presentaba predicándoles é instruyéndoles en las verdades católicas, y anunciándoles la paz y sus bienes, hasta convencerles á establecerla entre las Naciones mas opuestas y contrarias. Muchos fueron los centenares de leguas que peregrinó como Apóstol del Evangelio, anunciándolo á mas de veinte y quatro mil personas, que vió y trató en tan dilatadas Provincias, sin que la novedad de su trage, la insólita voz de su doctrina, ni su apostólica pobreza, hubieran incitado su barbarie para hacerle algun agravio; sino que en todas las Naciones que transitó de Gentiles fue recibido con veneracion, oído con asombro, alimentado con cariño, y conducido con fidelidad sincera, siendo de admirar el que en muchas de ellas le pedian que se quedara á vivir en sus Rancherías, en otras le negaban guías para que no se fuera, en otras le detenia como preso porque no los dexara; pues tales expresiones en unos Indios remotos, belicosos y soberbios, eran prueba evidentísima de que la verdad, la humildad y pobreza evangélicas, son las armas con que se doman las voluntades mas bárbaras, y las inclinaciones mas perversas; y estas eran el Talisman mas atractivo con que encantaba á los Indios, para que le amaran con respeto. Era su oracion continua, y en ella

acrisolaba la intencion y zelo que dirigian todas sus acciones y pasos á la mayor honra y gloria de Dios, y exáltacion de la Fe Católica; y esto hacia que, como en lo exterior se acomodaba á la pobreza, frugalidad y abatimiento de los Indios, en su interior fuera la gracia labrando una imagen verdadera del desengaño, para infundir en aquellos toscos entendimientos la perfecta idea del Cristianismo.

Para reducir á él á tan dilatado número de Paganos, no solo sacrificó su vida en tan prolongados viajes, edificando con la pureza de sus acciones, y la verdad de sus palabras, á aquellos incultos bárbaros, haciéndoles ver la santidad de la ley, y entender la de sus dogmas; sino que transcendia su zelo hasta el Solio de la Magestad Católica, dictándole muchos y difusos informes, fundados en la experiencia y expresion de los Diarios que le mandaron hacer los Superiores, individuando en ellos las providencias mas cuerdas con que se pudieran conseguir ambas conquistas, la de sus almas en el gremio de la Iglesia, y la de sus dilatadas Provincias en el vasallage de la Corona. Estos relevantes objetos que con admirable discernimiento promovia en todos sus escritos, hacian admirar el que no habiéndose versado en esta especie de negocios, y siendo en qualquiera otros muy taciturno, en tocándose la materia de la conversion de aquellas Naciones, se olvidaba de sí mismo, y rompía su natural encogimiento y silencio, hablando con tanta penetracion de ella, y con tan sólidas razones, que se arrastraba las atenciones de todos, sin poder replicar á sus dictámenes. Muy contrario al del Padre era el del Capitan Ansa, sobre

los viages primeros que hizo á los Gentiles, solo, y sin escolta ni provisiones; pero hablando con él sobre la posibilidad de poder abrir comunicacion desde la Sonora á los nuevos establecimientos de Monterey, le hizo ver con la experiencia de haber pasado el rio Colorado, que por él podian establecerse los caminos que se quisieran, no habiendo la imposibilidad que vulgarmente estaba crecida; y quedó el Capitan satisfecho; y sin otro fundamento propuso al Señor Virrey practicar la dicha comunicacion por sí mismo, como efectivamente la verificó, logrando la gloria de su descubrimiento, y la honra de sus militares ascensos.

No fue ménos evidente prueba, aunque muy infausta y dolorosa, el que por haber desechado los informes y providencias que el Padre con claras razones y repetidas veces expuso para la reduccion de las Naciones que habia docilitado en el rio Colorado, se frustrara en el modo que ya queda referido. Pero si la estatura de las virtudes no se mide bien sino por la de las ocasiones en que se versan, porque siendo estas grandes, son tambien las reglas que demuestran el tamaño de las otras, siendo grandes las ocasiones que los Diarios del Padre Garzés recomiendan, para el concepto de magnitud que le daban á su zelo y fervorosas empresas, es la mayor de todas, como corona de sus apostólicas tareas, la del día diez y siete de Julio del año de ochenta y uno, pues fue la ocasion mas crítica, en que viendo declarada la guerra con las avenidas furiosas que la ira, sevicia y ambicion de los bárbaros rompía por todo, causando sangrientos despojos, é inhumanos estragos, no pensó siquiera en desamparar el

puesto, ni en libertar su vida, y aun habiendo los Indios suspendido en aquel día sus hostilidades, con lo que pudiera lograr algun arbitrio para su seguridad, pues no le faltara aun entre ellos mismos. Pero consideró que sería esto propio de un Mercenario, y muy ageno del Pastor, que no debia desamparar en el mayor peligro á las ovejas que habian quedado vi-

vas en el primer asalto de los carnívoros lobos, y así solo se ocupó en exhortar á aquellas afligidas almas á disponerse para una buena muerte, y en merecer que la suya fuera en los ojos del Señor preciosa; pues como ya se dixo, se dignó su Magestad de condecorarla con extraordinarias maravillas.

CAPÍTULO XVII.

Virtudes y feliz muerte del P. Fr. Juan Antonio Barreneche.

MARAVILLOSA es la eficacia de la divina gracia en el corazon del hombre, quando éste le abre sus puertas á la vocacion de Dios, venciendo á la naturaleza desordenada, por corresponder á ella. Así se vió en la juvenil y breve vida del P. Fr. Juan Antonio Barreneche, alcanzando en una carrera una inmarcesible corona. Nació en el Pueblo de Lacazor, Obispado de Pamplona, y Reyno de Navarra, y en las buenas inclinaciones del hijo, se vieron la piedad y christiana educacion de sus Padres. Desde muy tierna edad lo encomendaron á un noble Caballero que le conduxo á la Ciudad de la Havana, y agregó á los Caxeros de la casa de la Real Compañia, y éstos compadecidos de su ternura le protegian con afecto, y le instruian para la carrera del Comercio. Era éste para un inocente niño ocupacion peligrosa, pues ignorando los fraudes del mundo, habia de abrir los ojos mirando la corrupcion de costumbres que en los Puertos de mar exhalan los libertinos, como esclavos de todos los vicios, y que aun quando no pervierten en la Fe Santa á los Católicos,

les hacen sus sectarios en sus depravadas costumbres, usos y modas. De suerte, que arrastrados de su luxo y libertad licenciosa, se complacen en imitarles; pensando que el parecer Extrangeros les hace mas grandes, ilustrados y críticos, ostentando su marcialidad y relaxacion con desprecio de todos, é imaginándose muy elevados de prendas y de ingenio, por el que hacen de las leyes: pues al pudor y modestia christina, la reputan por nimiedad y flaqueza, indignas de su discernimiento, y á la moderacion la desprecian como temor y vano escrúpulo; y de este modo motejan todas las virtudes, y hacen ultrage de todos los buenos, insultando públicamente á la Iglesia, al Evangelio y máximas del Christianismo.

De toda esta contagiosa peste preservó la gracia á aquella inocente alma, arrastrada de las buenas inclinaciones en que la habian educado sus Padres. Estas le hacian baxar muchas noches al zaguan de la casa, donde se abrigaba un pobre ciego, para llevarle algo de limosna, la que el buen hombre le pagaba con santos desengaños, advirtiéndole las falacias